

MacIntyre, A. (2017). *Ética en los conflictos de la modernidad*. Madrid: Rialp, 526 pp.

El filósofo Alasdair MacIntyre vuelve a las andadas, a las suyas para ser exactos. Se nos presenta con un nuevo libro marca de la casa MacIntyre. A los que ya han leído algunos de sus textos, o incluso todos, acaso no les sorprenderá lo que ahora voy a decir. MacIntyre sigue al pie de la letra uno de los consejos socráticos, concretamente aquel que va referido a estudiantes, de ahora y de siempre, y sugiere que éstos sean como tábanos a lomos de un noble, pero perezoso caballo. MacIntyre, quien demuestra que nunca ha dejado de comportarse como un estudiante, aun siendo un eminente profesor, agujereja la realidad, la molesta y la incordia. A nuestro autor no se le escapa lo que muchos parecen haber olvidado, a saber, que un profesor nunca deja de ser un estudiante. Además, y volviendo al hilo de la cuestión, MacIntyre se planta de tal manera ante lo que ve y siente, que despista. Sí, a MacIntyre no se le ve venir de lejos por mucho que uno conozca de qué pie calza. Para entendernos, digamos que para atrapar el pensamiento de MacIntyre no basta con conocer su manifiesta tendencia aristotélica o las contrariedades que identifica en la propuesta rawlsiana. Su pensamiento no tan evidente como pudiera parecerlo y su literatura no es precisamente fácil. Sus páginas, no todas, pero sí muchas, requieren ser releídas para sacarles todo su jugo; a veces incluso, para saber de qué está hablando y si eso de lo que habla es lo que uno estaba esperando leer. En fin, como en *Tras la Virtud* o

en *Tres versiones rivales de la ética*, por nombrar solo un par de sus libros más conocidos y citados, en este libro, *Ética en los conflictos de la modernidad*, MacIntyre vuelve a las andadas, escribe pensando y para que pensemos en lo que escribe.

Dicho esto, MacIntyre no es uno de esos filósofos que se tele transportan a un pasado y desde allí miran con desdén lo de ahora, tampoco se alza como una suerte de adivino que dice ver el futuro y sabe advertir sobre lo que le espera al presente. Ni lo uno ni lo otro, quizá es demasiado inteligente para caer en eso, acaso es demasiado prudente para entrar en esos terrenos. MacIntyre es de nuestra época, ha vivido nuestros cambios, conoce nuestras circunstancias, no es ajeno a nada nuestro porque también es suyo. MacIntyre es tan actual como nosotros, ahora bien, puede incluirse en ese curioso grupo de pensadores que Antoine Compagnon llama *los antimodernos* (2007). MacIntyre vive en nuestra realidad, pero no se deja atrapar por ella, digamos que, como los antimodernos, es un moderno que vive en libertad, sin dejarse atrapar por la modernidad.

De este libro es interesante casi todo, por no decir todo. Y lo suyo sería que yo fuera diciendo lo que puede encontrar en cada capítulo. Si me permite, eso creo que es mejor que lo haga el lector. Ciertamente, me encuentro más cómodo apuntando algunos aspectos redundantes del libro que creo interesantes, puntos que de una manera o de otra se repiten en el desarrollo del libro. Me parece que una de las preguntas radicales de este texto es: ¿cómo aprendemos a distinguir

lo que es bueno de lo que se considera bueno? (p. 98). De algo así ya habló en *Tras la Virtud*, por un lado, de conocer el fin apropiado de cada práctica, y por otro lado, de llegar a ser un agente ejemplar de cada práctica. Pues bien, me resulta muy interesante como MacIntyre hace una crítica a buscar esta doble finalidad desde fuera. Digamos que lo tiene claro, no hay un conjunto de reglas que vengan del más allá y puedan hacer por nosotros la búsqueda de esa doble finalidad. Abro paréntesis. Esto me recuerda al discurso psicopedagógico universitario que espera que las soluciones, o la buena universidad si se prefiere, lleguen desde los despachos políticos o las organizaciones empresariales. Cierro paréntesis.

A partir de aquí, es interesante ver cómo MacIntyre nos presenta su inquietud por saber a qué prácticas vale la pena reservar un lugar preferente y a cuáles no. (p. 101), o si se prefiere, pone encima de la mesa qué fines y qué excelencias vale la pena perseguir. Para MacIntyre, como para el resto de los llamados comunitaristas, no estamos solos casi nunca, ni tan siquiera cuando nos ensimismamos que diría Don José Ortega y Gasset. Sí, eso es así, pero cuando estamos solos y en último término, ¿cómo decidimos sobre esa pregunta? Es lógico pensar que dependerá de la edad, el entorno, la familia, la profesión, sí, pero como decíamos antes, MacIntyre sorprende, y señala que, sobre todo, depende de los bienes centrales que están por encima de todo eso.

Ahora bien, asumiendo esa casi obligatoriedad a crecer en comunidad, por mucho que algunos se nieguen a aceptarlo, nuestro autor se pregunta, ¿cómo sería mejor que una persona

viviera en tanto que ser humano antes que como miembro de una familia, de un grupo de amigos, de un vecindario o de una universidad? MacIntyre lo tiene meridianamente claro: alcanzando «los fines de la actividad racional», y eso es algo que abarca todas las edades, condiciones y actividades en las que pueda involucrarse un agente racional. A poco que se conozca a nuestro autor, es fácil intuir que no se está hablando de la obtención de placer, poder y honor. Es más, para MacIntyre, los fines de la actividad racional no es nada que pueda ser ordenado por importancia. Esos fines son el autoconocimiento, perfeccionar la vida, etc., y lo más importante, ocupan un lugar debido para que el agente se dirija hacia el bien final. Ese bien es ciertamente importante, para MacIntyre es algo que se resiste a la calificación, y lo más sobresaliente, es algo que se relaciona con el resto de bienes como la medida con lo que es medido.

MacIntyre, sobra decirlo, no habla por hablar. Es un profesor muy leído, no por conocido y citado, sino porque él mismo ha leído una barbaridad, y dicho sea de paso, ha sabido quedarse con lo mejor. Al hilo de esto que se está diciendo, es interesante leer el prólogo del libro. Allí MacIntyre manifiesta que nadie de los que se podrían haber querido verse citados se moleste. Si no aparecen en la bibliografía de referencia es porque no han aportado lo suficiente al autor del libro. Alguna vez deberíamos reflexionar sobre esa práctica académica popular en la que todos se citan en todo y para todo. Dicho esto, MacIntyre es profundamente conocedor de las versiones más influyentes del bien

final. Presenta, entre otras, la versión platónica en tanto que aprehensión de la forma del bien, la de Plotino es tanto que unidad con el uno, o la de Santo Tomás en tanto que visión de Dios. Esas versiones, profundas y de calado, le sirven para criticar a lo que él llama el «*happy* postmoderno», ese individuo que está satisfecho sin tener buenas razones para estarlo. Don José Ortega y Gasset lo bautiza como «señorito satisfecho».

Otra idea importante que me parece vale la pena destacar es que ese bien final se alcanza gracias a una deliberación racional y al soporte de lo que podría llamarse una red de informadores. Ahora bien, en esa red y en esa deliberación no se puede estar de cualquier manera. Entre otras cosas, se deben respetar las reglas del juego racional, eso es, uno debe verse y sentirse pensando con otros, debe observar cómo es que se superan los errores que se van cometiendo conforme se van alcanzando los bienes finales comunes, y cómo no, se debe caminar indefectiblemente en pro de ellos. En este sentido, es interesante señalar la crítica que MacIntyre hace a Nietzsche, o mejor dicho, las restricciones que tal filósofo nos plantea. Según MacIntyre, la filosofía nietzscheana nos aparta de los bienes finales. De todas formas, es necesario pensar bien en esta crítica, es necesario conocer la historia de Nietzsche para valorarlo en toda su complejidad. Efectivamente, Nietzsche critica la «esclavitud del espíritu» que organiza y orquesta la Religión, pero ¿no podría haberlo hecho también por la época en la que vivió y la familia protestante en la que creció, es más,

¿no criticaría hoy Nietzsche la economía liberal o el discurso que no nos deja *pensar de otro modo*, tal y como apunta Alejandro Llano en una de sus últimas publicaciones? En cualquier caso, al autor le sorprende que Nietzsche se excluya de las relaciones en y a través de las cuales aprendemos a convertirnos en seres racionales en la práctica, o si se prefiere, le sorprende que Nietzsche se condene a no entender.

Como el lector imaginará, son muchas más las ideas que se pueden rescatar de este libro, muchísimas más. Aquí sólo se han intentado reflejar aquellas que, quizá, puedan abrir el apetito. Sea como sea, estamos ante un libro de lectura más que recomendable para cualquier persona inclinada hacia la filosofía, y más concretamente, interesada en qué está pasando con la ética cuando se nos plantan delante conflictos típicos de nuestros días. Y por supuesto, es un libro de lectura obligatoria para personas que se dedican a la filosofía, especialmente para nuestros jóvenes que están realizando sus primeras investigaciones en diferentes aspectos de las humanidades y las ciencias sociales. Probablemente, acabe pasando que este libro pase por alto salvo para cuatro gatos, y sin embargo, esos cuatro gatos podrán disfrutar y crecer.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Compagnon, A. (2007). *Los antimodernos*. Barcelona: Acatilado.

Francisco Esteban Bara
Universidad de Barcelona

Vansieleghem, N., Vlieghe, J. y Zahn, M. (2019). *Education in the age of the screen. Possibilities and transformations in technology*. New York: Routledge, 186 pp.

Decía Heráclito que «nada es permanente a excepción del cambio», una afirmación que no ha quedado desfasada en el tiempo. Si por algo se caracteriza nuestra sociedad hoy día, es precisamente por el cambio, la vorágine de acontecimientos y la inmediatez característica de nuestro tiempo se ha visto potenciada por las archiconocidas Tecnologías de la Información y la Comunicación. La ubicuidad de los dispositivos digitales ha transformado la esfera cultural, social, política y económica, ha provocado cambios profundos en las formas de comunicarnos, de experimentar, experimentar y de entender el mundo. No es de extrañar que actualmente el número de dispositivos digitales supere con creces al número de habitantes en el planeta. Estos acontecimientos han provocado que la escuela inevitablemente haya tenido que, al menos, prestar atención a la utilidad y potencialidad que estos artefactos pueden aportar a la práctica pedagógica. Y digo al menos porque cada vez es más compartido el sentimiento de haber introducido la tecnología digital en el aula de forma rápida e impetuosa. La integración de la tecnología en el aula parece haberse hecho de forma efímera, superficial, incluso en algunos casos de forma irreflexiva, pues para hacer pedagogía en el aula adaptada a los nuevos tiempos no es suficiente con introducir los dispositivos digitales conocidos ya genéricamente como «pantallas». En estos momentos,

la escuela, la pedagogía y la teoría de la educación necesitan un corpus teórico que vaya más allá de una visión de la tecnología puramente instrumental o didáctica. Un primer paso hacia este reclamo resulta del libro *Education in the Age of the Screen*, volumen que forma parte de la serie *Theorizing Education*. Este volumen, un compendio de aportaciones de diferentes académicos del ámbito de la filosofía y teoría de la educación, pretende ser un primer paso hacia la idea de que la era de los medios digitales basados en la pantalla demanda un repensar de la educación en sí misma.

Nos encontramos ante una lectura que en esencia parece ir dirigida a todo académico del campo de la filosofía y teoría de la educación, sin embargo, a mi juicio resulta también de gran interés para todo profesional y estudiante del ámbito educativo, pues el genio de los autores ha sido crear un conjunto de aportaciones que desde la pura reflexión teórica y filosófica nos hace reflexionar sobre la pantalla como práctica educativa llegando a mostrar análisis y ejemplos de prácticas educativas actuales apoyadas en el uso de las pantallas.

Al comienzo de la lectura, los autores ya plantean que la digitalización de la escuela está afectando al significado mismo de la educación en sí, tomando el concepto de educación como un fenómeno social y cultural, más allá de los procesos individuales de aprendizaje. En la intención de estudiar desde una nueva perspectiva la influencia de la tecnología digital sobre la educación este libro se compone de doce capítulos

divididos en tres partes, una introducción y un epílogo. A continuación, pasaré a describir cada una de las partes de las que se comprende la obra junto con las aportaciones más notorias que, a mi entender, se desprenden de cada uno de sus capítulos.

La primera serie de contribuciones de talante más filosófico está compuesta por tres capítulos que intentan centrarse en cómo las tecnologías, tanto las antiguas como las más recientes, han condicionado nuestra forma de entendernos a nosotros mismos y al mundo. Por ello, el primer capítulo, entendiendo que con la tecnología digital estamos experimentando un cambio similar al sucedido con la llegada del libro y la imprenta, hace un recorrido desde la lectura como manifestación del espíritu en el siglo XIX hasta la llegada del podcast, las TED *talks* y *YouTube*, señalando sus implicaciones en el mundo de la educación. El segundo capítulo, se centra en la tecnología más actual, reflexionando sobre la implicación de la pantalla como forma de percibir el mundo aquí y ahora y desde la convicción de que la transición a la cultura de la pantalla tiene importantes implicaciones ontológicas, se realiza un análisis muy cuidado y elaborado del discurso de filósofos como Bernard Stiegler, Lev Manovich y Vilém Flusser. El tercer capítulo, como cierre de esta primera parte contribuye a la reflexión sobre una escuela que se encuentra suspendida entre la era del libro y la pantalla, haciendo un análisis desde la historia y los peligros de la *destradicionalización*, sin desacreditar las posibilidades que nos ofrecen las pantallas.

La segunda parte, compuesta por cuatro capítulos, nos acerca al presente educativo digital a través de otras tantas contribuciones que pivotan sobre la reflexión de las implicaciones que tienen las pantallas en el aula, desde la digitalización y el estudio del espacio que estas ocupan en el aula. El capítulo cuatro, expone un estudio realizado desde una perspectiva, cuanto menos, novedosa. Desde un enfoque sociomaterial y topológico de las ciencias de la educación, se centra en analizar el rol de los artefactos digitales en varios espacios del aula en un centro BYOD (*Bring Your Own Device*). Concluyendo que los espacios en el aula contemporánea se encuentran indudablemente supeditados a los dispositivos digitales. En el capítulo cinco, tomando como referencia a la *idol* japonesa Hatsune Miku, las autoras tratan de responder a la cuestión sobre las formas de subjetivación que se derivan en la cultura post-digital actual y las implicaciones que esto puede tener en la teoría de la educación. Para ello, tomando como referencia la figura de esta artista virtual, analizan desde una perspectiva fenomenológica cómo la producción cultural, las redes y la interacción social han cambiado en la era de la interconexión generada a través de las pantallas. El capítulo seis, se centra en la relación de las pantallas con las prácticas artísticas, en un primer momento el autor se detiene a explorar el concepto de pantalla, lo que permite proporcionar una perspectiva general sobre la digitalización cultural y sus efectos. En línea con lo anterior, propone una nueva perspectiva para repensar la educación

estética. El capítulo siete, encargado de poner fin a esta segunda parte, trata de reflexionar sobre el arte y la educación en el futuro, cual será el siguiente paso que tendremos que dar, la autora centra su discurso en reflexionar sobre cómo la cultura y la sociedad están altamente influenciadas por los medios actuales de difusión, pues el ciberespacio se ha convertido en el entorno natural de convivencia de los nativos digitales.

La tercera parte de este volumen pone el énfasis en la intervención, y nos invita a lo largo de sus cuatro capítulos a conocer y reflexionar sobre las condiciones culturales y tecnológicas y sociales de nuestro tiempo. Para ello, se presentan cuatro intervenciones en las que se analiza en detalle diferentes formas que permitirían a los educadores tratar con los problemas particulares que surgen hoy día en la práctica pedagógica inmersa en una vorágine tecnológica siempre aludiendo al tema que nos ocupa y preocupa, las pantallas. En el capítulo ocho, se expone el desarrollo y resultados del proyecto *Vedozero*, con el que se muestra como los smartphones han revolucionado nuestras formas de habitar el espacio público, y concluye afirmando que la escuela solo puede reinventarse a sí misma si cuestiona radicalmente su horizonte operativo. El capítulo nueve trata de abordar el significado, utilidades y potencialidades del uso del archivo digital en nuestra sociedad, reimaginando este recurso como un lugar pedagógico social. El

capítulo diez partiendo de la pregunta *¿cómo pensar un MOOC a través de los ojos del arte?* reflexiona sobre el significado de las prácticas «escolásticas» a partir de la experiencia formativa de un curso de arte en formato bMOOC. Para cerrar esta última parte, el capítulo once reflexiona sobre la versión contemporánea de *scholê*. Desde la mirada del arte y la educación estética, trata de replantear el concepto de *scholê* en relación con las tecnologías digitales de nuestro tiempo.

En síntesis, de la lectura de esta obra se desprenden dos valiosas aportaciones, por un lado, da cuenta del impacto que las tecnologías digitales tienen en la forma de pensar la educación, y, de otro, plantea numerosos interrogantes que aún están sin resolver. Por tanto, no solo recomiendo su lectura, sino que la considero necesaria, pues la intención de los autores no ha sido llegar a un punto final, sino más bien plantear el punto de partida sobre el que deberíamos comenzar para afrontar desde una perspectiva teórica la educación en la era de las pantallas. Finalmente, resulta meritorio destacar el equilibrio con la que se consigue abordar el tema de la tecnología digital en el ámbito educativo, sin caer en la demonización o divinización de estos artefactos digitales que dada su ubicuidad parecen haberse vuelto indispensables.

Judith Martín Lucas
Katholieke Universiteit Leuven

Pallarès, M., Chiva, Ó., López, R. y Cabero, I. (2018). *La escuela que llega: Tendencias y nuevos enfoques metodológicos*. Barcelona: Octaedro, 115 pp.

Actualmente vivimos en un cambio de época acuciado por las transformaciones que se están dando en todos los ámbitos de la sociedad. La educación, por tanto, no puede quedarse con una mirada asentada en el presente sino con una perspectiva de futuro, que, aun teniendo en cuenta el mundo cambiante, pueda reflexionar y preocuparse por las nuevas tendencias y enfoques metodológicos que se desarrollarán en los próximos años. Por ello, este libro escrito por Marc Pallarès Piquer (*Universitat Jaume I* y *Universidad de La Rioja*), Óscar Chiva Bartoll (*Universitat Jaume I*), Ramón López Martín (*Universitat de València*) e Ismael Cabero Fayos (*Universitat de València* y *Universidad Internacional de La Rioja*), es un documento esencial para cualquier profesional de la educación.

Esta reflexión se torna una conversación con el futuro en el primer capítulo del libro centrado en los siguientes aspectos: construir ciudadanía, reforzar la convivencia, garantizar el bienestar, apostar por la excelencia, ganar el desafío digital y desarrollar la formación permanente. En dicha tertulia con el porvenir educativo irán apareciendo importantes contenidos como los talleres experienciales educativos, la educación al servicio de la democracia, la equidad, la calidad educativa, la percepción social de la figura del docente, el uso de las nuevas tecnologías y la formación digital. Una pena que estos conceptos teóricos no sean desgranados en aplicaciones

prácticas que ayuden a entender de una manera concreta los senderos por los que está caminando la educación en su marcha hacia la escuela del mañana.

Por otro lado, es muy acertada la idea con la que continúa el texto en el segundo capítulo sobre la escuela actual que ha perdido, sin duda, el monopolio de la transmisión del saber. Esta nueva realidad a la que nos enfrentamos requiere una clara redefinición del proceso de enseñanza-aprendizaje en una renovación de los procesos tradicionales de transmisión del saber. El texto se centra en acciones pedagógicas teóricas reflexionadas en el marco de las nuevas tecnologías al servicio de la educación. Echo de menos unas líneas sobre las tendencias innovadoras educativas que brindan oportunidades concretas de transformación de la enseñanza debido a la pérdida del monopolio del saber de la escuela: la metodología del aula invertida, los profesores *youtubers*, la utilización de la inteligencia artificial favoreciendo una educación personalizada online,...

Si bien, todas estas tendencias innovadoras, en el fondo, son intentos de afrontar nuevos retos para viejas reivindicaciones como podemos apreciar en el tercer capítulo. La descentralización de la educación, el nuevo tipo de estudiante que llega a las aulas, la integración de las nuevas tecnologías en el proceso de enseñanza-aprendizaje, la autonomía de los discentes, las comunidades educativas o la relación entre teoría y práctica, son ejemplos de campos de batalla actuales en educación, pero que tienen el mismo fin: ganar la guerra de la

transmisión del saber y de la adquisición de las competencias necesarias para las próximas generaciones.

Además, es muy oportuna la reflexión plasmada en el cuarto capítulo de este libro sobre el paso que se debe dar en educación desde la palabra del profesorado a las narrativas audiovisuales a través de un planteamiento multidisciplinar, superando las tradicionales definiciones de cultura y permitiendo entablar una conversación con el ámbito antropológico.

Esto permitiría entender la innovación educativa dentro del escenario de la cultura escolar, todo ello expuesto en el quinto capítulo. Se habla mucho actualmente de innovación educativa, pero desde la controversia de afirmaciones muchas veces opuestas entre sí. Por ello es incalculable la presentación que hace este libro al unir la cultura escolar teniendo en cuenta la teoría, las normas y la realidad, y la innovación educativa como recurso de calidad docente, en el que resaltan dos graves denuncias a la escuela: la falta de diseños curriculares con calidad pedagógica y la necesidad de una verdadera interacción entre la investigación y las prácticas educativas.

Dichas prácticas son resaltadas por los autores en el sexto capítulo desde una perspectiva de renovación metodológica basada en un aprendizaje activo que supere la relación entre teoría y práctica asentada en las últimas décadas en educación. Teniendo en cuenta las fases para aprender (acción, teorización, reflexión y pragmatismo), tal vez la mayor aportación de este libro en lo referente al aprendizaje activo sea el

despliegue de las ventajas y de los inconvenientes de esta nueva forma de entender el proceso de enseñanza-aprendizaje.

Hablamos por tanto de cambio, pero debemos asentar nuestra reflexión en una serie de principios que no permitan que nuestros planteamientos se queden en meras divagaciones utópicas sin sentido. Así, el séptimo capítulo nos invita a tener en cuenta las dimensiones del cambio (método, modo y programa), y a asentar nuestro pensamiento de transformación en función de cuatro dimensiones (decisiones técnicas como las pautas y las normas, decisiones morales, decisiones políticas y decisiones técnicas propias del conocimiento científico-tecnológico). El cierre de este texto sobre el cambio genera una complementariedad a la teoría analizada anteriormente, ofreciendo una serie de estrategias concretas que deberá llevar a cabo la escuela del mañana.

Un cambio que también debe darse en lo relativo a la violencia en la escuela, tema central del octavo capítulo. Sabiendo que tanto el contexto social como el emocional juegan un papel muy importante en la configuración del clima escolar y en la construcción de espacios educativos sin violencia, es importante la visión de futuro que ofrece este libro sobre los nuevos tipos de violencia centrados en las *ciberagresiones*, que deben ser gestionadas y educadas en una atmósfera en la que existan verdaderos modelos *ciberéticos*. Sin duda, la educación será una gran herramienta al servicio de la adopción de buenas costumbres y hábitos en el uso de las nuevas tecnologías.

Por supuesto, este escrito no podía finalizar sin una reflexión en su noveno y último capítulo sobre la formación del profesorado asentada en una disposición e implicación personal por parte del docente. En primer lugar, los programas de formación deben abarcar las siguientes dimensiones: contenidos de la asignatura, desarrollo social, métodos de enseñanza y desarrollo de habilidades. Solamente integrando estas dimensiones podrán ofrecer una formación de calidad basada en las exigencias actuales y del mañana. Estas cuatro dimensiones, junto con las nueve áreas que todo programa de formación del profesorado debe abarcar y que son expuestas en este capítulo, conforman una nueva manera de entender la formación y el desarrollo profesional docente. Debemos, por tanto, superar las incontables formaciones actuales basadas casi exclusivamente en la transmisión de teoría o únicamente de los contenidos propios de la asignatura.

En síntesis, estamos ante un libro que puede ser referente ante una escuela

que llega, ante unos cambios en las tendencias y enfoques metodológicos que se producirán en los próximos años en educación. Nos encontramos en un cambio de época en el que los profesionales de la educación no podemos seguir viviendo de las rentas de otras décadas, sino que debemos reflexionar acerca del presente y del futuro de la escuela desde una mirada prospectiva y participar de una manera activa en los procesos de cambio que se están dando y se darán en el ámbito educativo. Una ayuda para ello es este libro que apunta hacia finalidades educativas concretas teniendo en cuenta numerosos factores que interaccionan entre sí en su camino hacia el futuro. Tal vez desde una perspectiva más teórica que práctica, tal vez un documento destinado más a investigadores que a docentes, pero sin duda, un documento muy útil para entender el presente de la educación y las posibilidades reales de la escuela del mañana.

Daniel Pattier

Universidad Complutense de Madrid

Romero Pérez, C. y Mateos Blanco, M. (Coords.) (2019). *Redescubrir lo educativo: nuevas miradas. Estudios en homenaje a Luis Núñez Cubero*. Barcelona: Octaedro, 276 pp.

Luis Núñez Cubero advierte:

Os lo he dicho en numerosas ocasiones: no tengo fórmula, no poseo la poción mágica; tengo la mía. Es simple: soñar y creer en el sueño, creer en lo imposible, creer en lo inalcanzable, para que así podamos conseguir precisamente lo que ni soñábamos que podríamos alcanzar (p. 265).

Las coordinadoras presentan el libro *Redescubrir lo educativo: nuevas miradas*, donde se analizan cuestiones y problemáticas de la educación a partir de algunas de las claves conceptuales que han consolidado la trayectoria intelectual del Profesor Luis Núñez Cubero. El texto se presenta para un abanico de público que abarca desde profesorado universitario, estudiantes, profesionales de la educación en general y cualquier persona con inquietudes pedagógicas. La obra se desmarca del formato académico habitual y acerca a un amplio abanico de posturas y miradas del universo educativo.

Esta obra se configura como un homenaje a la representatividad de la figura académica e intelectual del profesor Luis Núñez Cubero, Catedrático de Teoría de la Educación en el Departamento de Teoría e Historia de la Educación y Pedagogía Social de la Universidad de Sevilla. Desarrolló su actividad docente en el Instituto de Psicología y Ciencias de la Educación de la

Universidad de Lieja (Bélgica), desde su actividad como Prof. *Assistant* en el Laboratorio de Pedagogía Experimental para posteriormente continuar su actividad docente en la Universidad de Sevilla, desde el año 1968. Con una consagrada trayectoria académica, destaca su amplia producción científica en su especialidad, especialmente su liderazgo en proyectos de investigación. Entre sus intereses de investigación cabe destacar: la educación emocional, el drama y el teatro, la formación en recursos teatrales y la creación de procedimientos para profesores con alumnos diagnosticados de trastornos por déficit de atención e hiperactividad (TDAH). Responsable del Grupo de Investigación en Educación Emocional y Drama (GRIEED). Ha pertenecido al Grupo de Trabajo de Educación de la Comisión Española de la UNESCO y es miembro de la *International Society for the Study of Time* (ISST). En el libro se abordan un amplio espectro de temáticas que beben del debate educativo contemporáneo, vertebrándose a través de la metáfora teatral.

El libro es coordinado por Clara Romero, doctora en Filosofía y Ciencias de la educación y Licenciada en Pedagogía por Universidad de Sevilla, muy vinculada a la educación emocional, la temporalidad de la educación y la epistemología, y por la doctora Tania Mateos Blanco, especializada en narrativas educativas, temática sobre la que versa su tesis doctoral. Los autores y autoras de los diversos capítulos que componen el libro son referentes inevitables de la historia de la pedagogía de nuestro país, académicos y académicas,

todos ellos con una dilatada experiencia investigadora y una curiosidad compartida por explorar nuevos escenarios de la pedagogía.

La estructura del libro se encuentra diferenciada en cuatro partes y veintidós capítulos recogidos en un iluminador índice final: En la primera parte, Proscenio, el libro construye el puente que nos servirá para conectar y entender el resto de la obra mediante paralelismos que evidencian lo similar del universo teatral con el universo pedagógico. Las ficciones del teatro llevadas a escena, la práctica que implementa la teoría para la comprensión y la relación más humana. En este apartado se estudian, la relación intrínseca entre interacción social y teatralidad, la práctica de la profesión pedagógica entre otros temas destacados. La segunda parte, Arco de Proscenio nos sumerge por completo en las nociones base de los valores de la pedagogía y el alcance de estas, redescubriendo y analizando los pilares que sostienen la pedagogía, las practicas, los paradigmas y los modelos que han configurado la pedagogía actual. Se trata de un ejercicio arriesgado en tanto que debe o no incluirse dentro de este marco que sin pretensiones epistemológicas recoge de forma efectiva aspectos que ayudarán al lector a adentrar en la profesión pedagógica. La tercera parte, escenario, ahonda en la pregunta que se marcó al principio, ¿Cómo enfoca la pedagogía los retos a los que se enfrenta? Esta parte se focaliza en el desarrollo práctico de la intervención pedagógica, reflexiona sobre la vinculación de la educación y las emociones, la importancia del ecosistema educativo

en un sentido amplio que incorpore a las familias, así como las potencialidades y capacidades transformativas de la educación.

La cuarta parte, rompiendo la cuarta pared, este breve capítulo actúa de broche final de una forma soberbia el abanico de perspectivas que se abordaron en los diferentes capítulos. Mediante una reflexión concisa envuelta en metáforas, se discierne la noción de justicia en el ejercicio docente y el proceso de acompañamiento intrínseco al mismo. Frente a una tendencia hacia el individualismo, la especialización y la promoción de las competencias, Núñez-Cubero desde la introspección argumenta en contra y refuerza la idea del vínculo docente y la importancia del legado educativo en nuestra trayectoria vital.

Y es en este sentido del redescubrimiento de lo educativo encontramos necesaria la reflexión de las problemáticas de la educación asociada a una realidad cambiante, ante un escenario marcado por fuertes transiciones sociales donde el reconocimiento común y el enfoque será determinante para el encuentro con el otro. Además, debemos considerar la necesidad del reenfoque continuo de nuestras prácticas pedagógicas desde el compromiso moral de las mismas, entendiendo el desenvolvimiento educativo como bisagra de cambio. Por eso debemos tener en cuenta un análisis profundo de la evolución histórica del contexto educativo y su adaptación a las peculiaridades del entorno social en el que se circunscribe. En un mundo donde todo se acelera, para el ejercicio de la ciudadanía democrática resulta

transversal unos procesos educativos que atiendan a las carencias y demandas sociales y esto no se puede hacer sin una pedagogía comprometida. Finalmente cabe a destacar que estamos ante un trabajo que nos expone la reflexión de una forma abierta, invitándonos a pensar mediante un amplio abanico de reflexiones, miradas y praxis que aportan un avance a las posturas educativas que se tomarán en el futuro.

Nos encontramos ante un proceso de pensamiento que aportará al lector un

aprendizaje fruto de un esfuerzo compartido por los autores de los diversos capítulos. Mediante una interesante lectura nos acercaremos a aspectos de la pedagogía, algunos ampliamente conocidos, pero analizados con detenimiento. Sin dudas una obra escrita desde el compromiso y la ética profesional que representa un alegato pedagógico en la construcción de un pedagogía transversal y responsable.

Mario León Sánchez
Universidad de Sevilla

Ortega Ruiz, P. y Romero Sánchez, E. (2019). *A la intemperie. Conversaciones desde la pedagogía de la alteridad*. Barcelona: Editorial Octaedro, 239 pp.

El libro a reseñar constituye un nuevo ejemplar de la pedagogía de la alteridad, con el sello de calidad y el estilo narrativo al que nos tiene acostumbrados, en los últimos años, el autor Pedro Ortega. Las conversaciones mantenidas con el profesor Romero Sánchez, durante tres de las cuatro estaciones del año, permiten adentrarnos en el planteamiento filosófico de Levinas, que constituye la base de la pedagogía de la alteridad.

El diálogo se inicia en otoño, coincidiendo con el comienzo de curso, permitiendo revivir sus momentos como maestro y reconociendo como el estilo vital penetra en el aula, pues todos tenemos una «historia que nos explica y a través de ella se nos puede interpretar» (p. 32). Preocupado por el para qué de la educación, por los valores como contenido ineludible de la misma, por el modo irresponsable de los docentes que ignoran el entorno del alumno, anulando preguntas y evitando la exigencia de responder del otro, el autor considera que el discurso educativo debe situarse en la ética y la antropología, y comienza a recordar las grandes obras que le han llevado a reconocer que no siempre nuestra conducta es coherente con nuestro modo de pensar, separándose de este modo de la ética de Kant, para embarcarse en Levinas.

Son varios los fragmentos en los que se manifiesta esta dura crítica a la ética Kantiana, y a modo de ejemplo rescataremos alguno de ellos, «es difícil admitir que el desarrollo del juicio moral en un individuo le capacite y motive para una conducta de acuerdo con esa valoración moral» (p.39), de hecho, «ha sido muy débil para hacer frente a la cultura del silencio que imponen las ideologías totalitarias» (p.38). La conducta ética no se mueve principalmente por la razón, ni por lo que se establece socialmente como parámetros de una vida digna del ser humano, más bien sus raíces se sitúan en el corazón, y para evidenciar esto, rescata el papel de la memoria de las víctimas en la ética de la compasión que supone «bajar del mundo de las bellas ideas, y mancharse las manos con los problemas de los hombres y mujeres» dando una respuesta responsable. En esta línea, el autor reconoce que hay situaciones de vulnerabilidad e inhumanidad en las que la dignidad de las personas no es posible (desaparece), y denuncia el uso instrumental que se hace del ser humano, quedando reducido, en múltiples ocasiones, a un producto del mercado al servicio del más fuerte.

La pedagogía de la alteridad no es solo una teoría, sino un estilo de vida con el que llevar a cabo un modo distinto de educar en el aula, en la familia y en la sociedad, atendiendo al otro desde su reconocimiento. En este sentido, se reivindica una educación que otorga protagonismo al educando como sujeto histórico, que vive en un tiempo y espacios concretos, aunque no siempre

ideales, y se revaloriza el papel que las circunstancias tienen en el proceso de humanización, ampliando o limitando las posibilidades de potencialización-perfeccionamiento. Por tanto, no se puede educar sin atender a la realidad contextual del educando, de otro modo sería «una educación sin alma, in-significante» en la que el alumno ha sido ignorado o visto como un dato estadístico.

En las conversaciones de invierno, el diálogo se inicia con una dura crítica a la racionalidad tecnológica que se ha asentado en la pedagogía por demasiado tiempo, haciendo más complejo el cambio a otros modelos alternativos y se centra en dos ámbitos esenciales: la educación mediambiental y la universidad. Respecto al primero, cabe señalar que el deterioro ocasionado a la naturaleza ha sido resultado del expolio de los recursos naturales realizado durante muchos años, bajo el pretexto de gozar de mayor bienestar humano. El enfoque de la alteridad rompe con este discurso idealista, con la supremacía del ser humano en el ecosistema, para abordar el problema medioambiental desde un enfoque ético, «en la que naturaleza y humanos no se vean como seres enfrentados, sino como inquilinos respetuosos de una casa común» (p. 116).

En cuanto al papel de la universidad se subraya la necesidad de potenciar el saber humanístico, el peligro de la autocomplacencia y el compromiso con el cambio y la transformación social, no dando nunca por terminada la conquista social. La universidad debería ser un espacio de diálogo y entendimiento, de

participación activa, de convivencia, de formación integral del sujeto no fragmentado, en definitiva, y en palabras del propio autor, debería «procurar el aprendizaje de una infraestructura ético-moral, que se traduce en una ética ciudadana imprescindible para la construcción de una sociedad justa y solidaria» (p. 120). Sin embargo, a pensar del avance del discurso ético, éste aún no ha calado en la realidad de las aulas, en la relación educativa, moviéndose solamente en el plano cognitivo. De modo que, no se ha preparado a los estudiantes de la universidad, a los futuros profesionales, para sentirse responsables de los recursos de la sociedad, para el servicio a la comunidad. Se cierra la conversación reflexionando sobre la actitud hacia la vida entendida como un «quehacer», en la que en palabras de Ortega, encuentra tres direcciones posibles: la negación, indiferencia o afirmación del otro.

Finalmente, en las conversaciones de primavera, se aborda el papel central de la circunstancia en la configuración del ser humano, y por ende, en la acción educativa, «pero la circunstancia es muy distinta en cada individuo. Cada uno tiene su tiempo y su espacio. No hay una circunstancia igual para todos» (p. 159). Por todo no podemos educar en el abstracto, en un educando homogeneizado, ignorando sus circunstancias, más bien se trata de situar la educación en parámetros racionales que contemplan la incertidumbre, contingencia y la sorpresa, «con más preguntas que hacer que respuestas seguras que dar» (p. 166). Situarnos en el discurso ético, que no

siempre moral, es abandonar la seguridad de la norma que regula la conducta moral, para situarnos en la incertidumbre de caminar a la deriva, sin saber si hemos sido lo suficientemente responsables del otro. Algunas de las cuestiones atendidas en esta estación son: ¿Qué es el hombre? ¿Qué quieres decir cuando afirmas que la ética sin antropología es un sinsentido? ¿Pero qué ética o antropología? ¿Por qué abordar la educación desde la

Pedagogía de la Alteridad? ¿Cómo educar desde este enfoque? ¿Qué relación se da entre la ética y la moral? ¿Qué respuestas ofrece el discurso levinasiano a los problemas sociales?... pero su respuesta, querido lector, requieren de una inmersión profunda en el contenido plasmado en las páginas de este libro.

M.^a Ángeles Hernández Prados
Universidad de Murcia

Vílchez, L.F. (2019). *En defensa del maestro*. Madrid: PPC, 248 pp.

Este nuevo libro del Profesor Luis Fernando Vílchez constituye una verdadera *apología* del docente, tanto en el sentido etimológico de la palabra como en el sentido filosófico. Supone una defensa razonada y bien argumentada de la figura del maestro, de su función en el proceso educativo de las jóvenes generaciones, de su lugar absolutamente necesario e imprescindible en los procesos de enseñar y aprender que se llevan a cabo en la escuela, de su tarea en medio de una sociedad que no siempre valora adecuadamente y agradece su inestimable aportación.

En una época de cambios que suceden a una velocidad vertiginosa, en la que se ha endiosado a las nuevas tecnologías, como transmisoras del conocimiento y el saber cotidiano, hasta el punto de confundir innovación educativa con el simple uso de estas o su mera introducción en las aulas, el autor reivindica que los recursos y los medios utilizados en la educación pueden cambiar, aparecer y desaparecer, tal y como ha sucedido a lo largo de los tiempos. Sin embargo, la labor de los maestros y profesores es, y debe ser, permanente. Aun cuando no existían los libros ya había maestros, aparecieron los libros y seguía siendo necesario el maestro, han llegado las tecnologías de la información y la comunicación en medio de la era digital y la sociedad del conocimiento y el maestro sigue siendo absolutamente necesario. Porque no debemos olvidar que el proceso de enseñar, instruir, educar es un proceso

yo-tú, una interacción entre personas, en las que el maestro es acompañante, mediador, hermeneuta, facilitador en la búsqueda de sentido para la vida, fomentador para sus alumnos de la conversión de la información al conocimiento, hoy en día en ocasiones tan desvirtuada.

Esta es la tónica en la que se mueve la propuesta del profesor Vílchez, de la que cabría destacar otros aspectos, a mi juicio, sumamente importantes. Así, la necesidad del buen maestro y, al mismo tiempo, maestro bueno, resaltándose que no bastan en la preparación del docente los aspectos relativos a los conocimientos, o su manejo de las distintas didácticas, sino además los que se refieren a rasgos de personalidad de quien enseña y, por encima de todo, la necesidad de su ejemplaridad y su vocación al servicio de los demás. Ser docente implica un gran ejercicio de responsabilidad y compromiso, que requiere de formación permanente y flexibilidad cognitiva a lo largo de todo el ejercicio de la profesión. Lo que es más, supone una forma de vida. Se habla en este libro de tradición, en el sentido de lo que no puede faltar en el trabajo de un buen maestro y de tradiciones pedagógicas que a todos nos han enriquecido. Se pone en valor la importancia del conocimiento pedagógico, filosófico y psicológico como ciencias de la persona, más allá de la burocratización y cuantificación de los aprendizajes en términos económicos más que de desarrollo del ser humano. Se habla de inteligencia y corazón, pensando siempre en el alumno, como horizonte finalista que ha de tener en cuenta el maestro.

El autor habla de innovación educativa siempre desde esta perspectiva, como utilidad fundamental para el desarrollo de las competencias planteadas por la UNESCO en el tan conocido informe Delors, y se aportan datos tomados de investigaciones llevadas a cabo por el autor, en contacto con cientos de docentes a lo largo de su amplia trayectoria profesional. Pero aparece también una perspectiva preocupante, la del sufrimiento de no pocos docentes que son víctimas de ofensas, de malos tratos por parte de los alumnos, del desentendimiento y falta de apoyo de muchos padres, que son más reivindicativos de pretendidos derechos de sus hijos que reforzadores desde la casa de lo que se hace en la escuela, o el desentendimiento de las administraciones públicas que no cuentan con los maestros, que no los escuchan. Este libro supone una llamada de atención a toda la sociedad para revalorizar la figura del docente y su imprescindible labor con las generaciones más jóvenes de ciudadanos, quienes son el futuro que nos aguarda. En las últimas décadas, la labor del maestro se ha visto defenestrada por críticas desde muchos colectivos, que les han convertido en chivos expiatorios de muchas de las carencias, necesidades y dificultades de la infancia actual. Se considera necesario redistribuir de manera objetiva el papel de cada uno, de las familias, de los docentes y del resto de estamentos sociales, en la educación de los niños y adolescentes de hoy en día. La solución no pasa por la permisividad o la excesiva autoridad vivida en otras épocas, sino por el trabajo conjunto y equilibrado en

esta ardua tarea que supone la educación. De esta manera, no se trata, por tanto, de un libro autocomplaciente con la figura del maestro, en el que se le idealice o no se le reclame autocrítica, sino que se busca una nueva toma de conciencia de la situación actual y el papel a desempeñar en esta época tan cambiante y, a su vez, demandante de adaptación, innovación y personalización de la enseñanza. El empeño permanente en una metodología tradicional y las resistencias frente a lo que los docentes consideran «nuevo» no son justificables desde la perspectiva planteada en este trabajo.

Es, además, un libro en el que suenan muchas voces: las de profesores que, en un panel de testimonios, dicen lo que para ellos es un buen maestro, la voz sobre el maestro en la música, en la pintura, en el cine, en la poesía, todo lo cual hace amena su lectura. Es evidente su conexión con las corrientes educativas actuales que propugnan las inteligencias múltiples como un aspecto del individuo fundamental y decisivo en el proceso de enseñanza-aprendizaje, muy a tener en cuenta para lograr hacer realidad un sistema de educación inclusiva tácito y universal. Incluso se resalta la importancia de esta nueva concepción del educador incluso en la formación de los futuros maestros ya desde el ámbito universitario, con una necesidad imperiosa de acercar el mundo de los niños a las aulas universitarias para así preparar de manera más fehaciente a quienes desempeñarán esta tarea en unos pocos años. El conocimiento realista y veraz de la infancia, desde sus diferentes campos

del saber, es clave en el proceso de capacitación de los maestros.

Por todo esto, es un libro escrito con gran conocimiento de causa y un entusiasmo contagioso, altamente recomendable para los propios docentes, pero también para quienes se ocupan, preocupan o interesan por las cuestiones educativas. Porque la educación, como también dice el autor, es cosa de todos. En mi opinión, la aportación del profesor L. F. Vílchez es un toque de atención sobre el maestro, una defensa de su

labor, una reivindicación de su papel en la sociedad y una llamada a darle el valor que merece, a apoyarle siempre, a estar a su lado. Nos va a todos mucho en ello. No hay buena educación sin buenos maestros, y sin educación la sociedad en su conjunto se ve debilitada y carente de habilidades para enfrentarse al futuro. Un futuro que pasa por las tecnologías, por supuesto, pero también por las personas.

Margarita Martín Martín
Universidad Complutense de Madrid